

Movimientos sociales e izquierda política en América Latina

Carlos A. Gadea*

Resumen

El presente texto procura brevemente realizar una especie de mapeamiento sobre las preocupaciones teóricas y analíticas sobre el estudio de los movimientos sociales. En tal sentido, se establecen algunas pautas de análisis para una comprensión e interpretación más adecuada de los fenómenos colectivos actuales. Por otro lado, el texto se dedica a articular el marco de análisis sobre movimientos sociales con el derrotero político y social vivido por la izquierda política en Uruguay, fundamentalmente a partir del proceso dere-democratización política de la década de 80. Se discute, finalmente, el espacio político-cultural que hoy ocupa al estar en el gobierno nacional, sugiriéndose algunas opiniones sobre su significado histórico en nuestro presente.

Palabras-clave: Teoría de los movimientos sociales. Izquierda política. Uruguay.

Introducción

Es evidente visualizar el nexo existente entre el trabajo teórico sobre los movimientos sociales con las preocupaciones de la izquierda política en América Latina. Más aún: esta vinculación trasciende los propios criterios analíticos, al haberse producido, en los hechos, una estrecha relación entre las manifestaciones sociales de protesta y la propia actuación de la izquierda política. Si partimos de esta evidente constatación, vamos a estar de acuerdo que fueron los contextos históricos de los

* Doctor en Sociología Política por la Universidad Federal de Santa Catarina (UFSC), Brasil. Actualmente es profesor del Programa de Pós-graduação em Ciências Sociais da Universidade do Vale do Rio dos Sinos – Brasil. Publicó recientemente *Paisagens da Pós-modernidade: cultura, política e sociabilidade na América latina*. Ed. Univali, 2007. E-mail: cgadea@unisinos.br

años 60 y 70 que permitieron esta singular relación. Dicho esto, se debe tener en cuenta que, en América Latina, movimiento social e izquierda política han construido un binomio histórico y empírico que determinaría el propio diseño analítico sobre los movimientos sociales, algo por demás significativo si comprendemos que éstos difícilmente han podido expresarse (y ser pensados) con autonomía a la actuación de la izquierda política que, vale la pena recordar, por lo general ha construido su espacio de actuación en el juego político e institucional legitimado.

Es esta característica la que puede constatarse, no sin dificultades, en las propias estrategias e identidades asumidas por los diferentes movimientos sociales, a pesar de que los análisis realizados sobre ellos han pretendido realizar un esfuerzo por demostrar el paulatino proceso de autonomía de los movimientos sociales con respecto al escenario político institucional clásico. Los años 80 y 90 son, de hecho, testigos de diseños organizativos y demandas que suelen contribuir para tal argumentación. No obstante, una cierta dependencia estructural al poder político, a los estilos organizativos y a las formas de proceder pueden ser algunos factores que pueden evidenciar un cierto escepticismo frente a este aparente divorcio. Justamente, es este uno de los rasgos característicos de la vida política y social de América

Latina, salvando diferencias históricas o aspectos coyunturales de cada país o región, siendo sobre este aspecto que trata el presente texto: procurar percibir como la autonomía de los movimientos sociales ante la vida política institucional es prácticamente nula o, en el mejor de los casos, una demostración de procesos políticos y sociales que tienden a ser comprendidos a partir de los ciclos históricos de movilizaciones sociales que tienen en la figura del Estado a su eje de gravitación.

Perspectivas de análisis

Ha sido el autoritarismo político, la contracultura y los diferentes actores políticos organizados a fines de los años 60, y durante los años 70 y 80, quienes ofrecen material teórico y empírico necesarios para la visibilidad de una sociología sobre los movimientos sociales en América Latina. En líneas generales, esta sociología se presenta a partir de tres inquietudes y criterios analíticos, atentos a la proliferación de nuevos conflictos sociales, escenarios, actores, formas de organización y demandas. Inicialmente, los movimientos sociales parecen definirse como “contestación” al sistema simbólico de justificaciones utilizado por la dinámica político-institucional para legitimar su existencia, originando, así, formas políticamente organizadas de oposición. Se hace referencia a un contexto

social que opone, por ejemplo, durante la década de 70, democratización política con la dinámica autoritaria de ciertas formas de gobierno y lógica institucional. Los movimientos sociales se presentaban como eminentemente políticos, focalizando sus inquietudes en torno de la figura del Estado y de actores político-sociales tradicionales: sindicatos, movimientos populares y de masa, sectores sociales muchas veces pertenecientes a estructuras partidarias.

De las experiencias de la lucha contra el autoritarismo surge una preocupación más relacionada con la “ampliación de la ciudadanía”, la modernización económica y la reestructura del Estado. La noción de sociedad civil es revisitada, y nuevas configuraciones estratégicas y de identidad, como las denominadas Organizaciones No Gubernamentales (ONGs), se transforman en objeto de análisis privilegiado por muchos. Frente a la diversidad de conflictos y actores, el análisis de los movimientos sociales adquirió aliento y sustento no tanto en el terreno político institucional concreto, sino en el espacio anti-sistémico del mundo de la vida. Con la introducción de la noción de esfera pública, se percibe una intención por ampliar la dimensión de “lo político”, por ampliar el escenario eventualmente propicio para la actuación de los movimientos sociales. La influencia de la teoría crítica y, en es-

pecial, de los trabajos de Jürgen Habermas, fue visiblemente constatada.

Una tercera preocupación analítica se presentó cuando, en la sociología en general, ingresa el debate sobre la globalización. Ante esto, los análisis sobre los movimientos sociales parecen redefinirse en términos de la localización y observación de quienes eran o serían los actores más visibles y emergentes. Cuestiones de género, conjuntamente con cuestiones étnicas, entre otras, si bien ya habían aparecido de forma evidente tiempos atrás, situaban en el centro de las atenciones los estudios sobre la identidad de los movimientos sociales. Asimismo, los análisis de las estrategias de acción y movilización a partir de la noción de “red” nutrieron de renovadas premisas de comprensión la dinámica de movilizaciones en el nuevo contexto de la globalización.

Perspectivas temáticas y panóptico académico

En los análisis de los movimientos sociales que se continúan realizando en América Latina, se insiste en modelos que parecen reiterar la nomenclatura, problemáticas y estrategias de análisis propias de contextos o ambientes sociales posteriores a las aventuras políticas autoritarias, modelos vinculados a la transición democrática de los años '80. No hay dudas acerca de que

las sociedades latinoamericanas todavía acusan carencias significativas de democratización política y social, pero afirmar apenas que los movimientos sociales luchan por “democratizar la sociedad”, por contraponerse al poder del Estado, o por acusar un modelo económico injusto, es no conseguir avanzar en el sentido y significado socio-histórico que poseen en la actualidad. Nada demasiado diferente se dice frente a explicaciones que reafirman una constatación que le es propia a la dinámica y origen de los movimientos sociales por estas regiones. No puede negligenciarse, por ejemplo, la trayectoria teórica emprendida por el pos-estructuralismo, así como el caudal analítico referente a la interacción social y los múltiples juegos de subjetivación y construcción de la realidad social.

No obstante, existe una generación de jóvenes investigadores que procura pensar los movimientos sociales actuales con una gran dosis de voluntarismo. Repensar la categoría analítica o noción contemporánea de movimiento social ha tomado fuerza, tentativa interesante si se la considera emanada de un proceso de estancamiento analítico, al haberse constatado una “migración” de lo referente a ellos hacia el campo de los estudios sobre la sociedad civil y sus diversas manifestaciones y variantes políticas y organizacionales. Al repensarse los movimientos sociales, y tomando en cuenta los estudios inmediatamente precedentes, el cau-

dal explicativo parece solidificarse en formas clásicas de una sociología que contempla la dinámica de los movimientos sociales en correlato a las esferas de poder político y lo institucional, al esquema estructuralista de las luchas de supuestos poderes contrahegemónicos. La proyección de lo político y la formación y actuación de los movimientos sociales está presente en varias de las inquietudes actuales de investigación, sumándose una interesante preocupación por vincular la noción de ciudadanía, sus fundamentos y connotaciones políticas y económicas, con los movimientos sociales actualmente visibles.

Otra tarea interesante parece ser la de transitar por la diversa producción académica sobre el tema, comprender a partir de qué premisas teóricas y metodológicas se constituyen los análisis y explicaciones elaboradas. Asimismo, no son ausentes los trabajos referentes a la identidad y la acción de sujetos colectivos en el actual contexto global. Cuestiones étnicas, religiosas, de género, ambientales, sumadas a los avatares sociales de las ONGs, son sintomáticas de una preocupación por comprender la dinámica de los movimientos sociales actuales.

Más allá que las temáticas que se presentan poseen una amplia legitimidad al intentar aportar conocimientos y perspectivas novedosas al debate, en general pueden inscribirse en la previsible y clásica línea de análisis sobre

los movimientos sociales. La formación académica así parece demandarlo, una especie de “ejercicio circular” en que se nos conecta con la rica producción analítica de quienes han investigado durante mucho tiempo el tema. No es necesario nombrar la extensa lista de intelectuales y pensadores latino-americanos que han incursionado en el tema de los movimientos sociales; algunos de ellos, de una forma u otra, parecen nacer a la sociología desde este sub-campo analítico. Lo interesante a destacarse es que son ellos los que continúan marcando las pautas de investigación relacionadas a las movilizaciones políticas y sociales de la actualidad, talvez cuidadosos de sus inconfundibles contribuciones teóricas y descubrimientos empíricos, a los que, inmediatamente, sentencian como paradigmáticos para la observación de otros casos concretos. Ocupando lugares de privilegio dentro de la academia y en institutos de investigación, adoptan, quieran o no, una posición política que se sustenta en la no-necesidad de representar su propio lugar de enunciación discursiva. Actualmente puede percibirse que (así como en tantas otras áreas de investigación en las ciencias humanas) este intelectual parece hablar desde un saber que se presume “universal” y le autoriza a tomar la palabra por los “otros”, delinear horizontes de investigación, otorgar confianzas particulares en función de lealtades académicas. Así, esta especie de

“movimientólogo”, habla, sabiéndolo o no, desde la epísteme moderna, desde la torre del vigilante en el panóptico académico. Herederos inevitables de una fuerte tradición sobre el tema, a los actuales investigadores que osan aventurarse a pensar los movimientos sociales no les queda otra que transitar en la “línea de tensión” que representa dar continuidad a dicha tradición y, por otro lado, ensayar y arriesgar contenidos hermenéuticos presumiblemente más contemporáneos para explicar fenómenos cada día más complejos.

Revisitando los movimientos sociales

Actores y escenarios no parecen ser, actualmente, tan diferentes a los de las etapas analíticas brevemente mencionadas. Parecen yuxtaponerse las problemáticas, sedimentarse aquellos actores y demandas que han dado contenido y sentido a los movimientos sociales. Las reivindicaciones por empleo y mejores condiciones de vida material no desaparecieron, así como aquellas demandas por el respeto a la diferencia cultural y una determinada identidad social, no han desaparecido ante la vorágine de la complejidad actual. Contrariamente, se han revalorizado. Lo que sí parece cada día más perceptible es la posibilidad de manifestarse los movimientos sociales a través de formas “pre-polí-

ticas” de resistencia, o a través de formas reactivas de comportamiento, de lógicas pragmáticas de acción. A pesar de destacarse el importante énfasis dado a la relación entre sociedad civil y Estado por buena parte de los análisis sobre los movimientos sociales en los años '90, debe tenerse en cuenta que es propio de un esfuerzo por comprender la apuesta realizada y el eventual éxito de muchos actores de la llamada sociedad civil en crear y ocupar espacios institucionales. Esto, indudablemente, trajo dimensiones políticas y de participación muy interesantes, en la medida que, eventualmente, estos actores participaran, mínimamente, de ciertos consensos institucionales y premisas de acción a priori insertas en el juego político legitimado. En cuanto a esto no nos vamos a engañar. Para muchos otros movimientos sociales, simbólicamente contruidos de manera diferente (por ejemplo, el neozapatista de México), las chances han sido radicalmente diferentes. Cuando la crítica y la definición de la acción concreta transgreden las limitaciones del legitimado juego político, los movimientos sociales no únicamente no encuentran canales políticos y sociales de expresión, sino que parecen desafiar la propia legitimidad y fundamentación simbólica de ellos.

Las formas “pre-políticas” de acción hacen referencia a la posibilidad de no definirse, exclusivamente, como simples actores de la arena política,

sino como formas de sociabilidades que todavía demuestran la multiplicidad de elementos discursivos que pueden actuar en estrategias y ocasiones diferentes sin consentir a la dinámica y marcos de acción “tolerables” en el juego político predeterminado. Piénsese, por otro lado, que, no siempre, la “alta institucionalización” política en América Latina, como en el caso de Uruguay, representó un avance en los modelos socio-políticos integradores y democratizadores, sino una especie de afirmación de un “consenso” que limitó, perversamente, potenciales actores emergentes que pretenderían transformar códigos normativos específicos.

Movimientos sociales, institucionalidad e izquierda política en Uruguay

Suele comprenderse que la supuestamente eficiente institucionalización política en Uruguay se relaciona con una cultura democrática ampliamente interiorizada. Así se ha distribuido el capital cultural y social durante su historia moderna, atribuyendo esta dinámica política a modelos modernizadores y racionalizadores “exitosos”. Un Estado que “protege” a sus ciudadanos y una consecuente “sacralización de las instituciones” y de los valores sociales que en ellas se sustentan, parece convertirse en los dos rasgos más sobresalientes de esta cultura presumiblemente moderna. Orgullo-

sos de tal merecedor reconocimiento, los uruguayos tienden a dar solución a sus desajustes políticos y culturales coyunturales a partir de la eventual “operacionalidad” de sus instituciones, aportando, de esta forma, otros rasgos igualmente característicos: un acentuado conservadurismo y un excesivo ideal de seguridad, certidumbre y confianza en las instituciones.

En la actualidad, esta dinámica institucional y la confianza que le acompaña parece persistir, aunque con ciertos recelos. La etapa histórica y política iniciada con la llamada “apertura democrática” del año 1985 puede entenderse como portadora de una serie de señales que suelen cuestionar algunos de los postulados histórico-institucionales clásicos. Algo que no ha sido nada sencillo, al contrario, bastante traumático. Una crisis económica inédita y un paulatino y progresivo deterioro de las condiciones de vida material y cultural han llevado al Uruguay a una disyuntiva institucional compleja, que, asimismo, viene acompañada de una inevitable revisión de su caprichosa y exagerada auto-estima legitimada en la creencia de ser una sociedad democrática, tolerante ante la diferencia y presumiblemente igualitarista.

Ya con la “apertura democrática” a mediados de los años ’80, la tradición política y la estabilidad institucional no pueden ocultar ciertos problemas que, con el transcurrir del tiempo,

suelen manifestarse en un estado de ánimo crecientemente visible. Puede recordarse, por ejemplo, como con los vientos democráticos de aquellos años (1985-1989), lograron surgir y hacerse visibles una serie de movimientos sociales y culturales (de derechos humanos, juveniles, barriales, comunitarios) con una cierta autonomía hacia el sistema político, aunque la falta de imaginación y una práctica política que sólo parece admitirse a través de los clásicos canales institucionales de expresión, llevaron a su total desaparición o a una curiosa absorción por parte de sectores y de partidos políticos de izquierda. Con esto se pudo visualizar, y hasta reafirmar, uno de los problemas y “desencantos” iniciales con el proceso de democratización: el que se refiere a la clara incapacidad y los intereses prácticos de un sistema político que no encontró nada mejor que tratar de reacomodar la nueva situación social surgida del nuevo ambiente cultural y político de redemocratización en la normatividad e institucionalidad política pre-existente, en lugar de intentar generar una nueva normatividad para la nueva situación real de poder social.

Hagamos memoria: una de las señales más agudas de esto fue la propia campaña de represión policial durante el gobierno del presidente Sanguinetti (1985-1989), que a través de “razzias”, detenciones indiscriminadas y un supuesto discurso de combate al

consumo de drogas, consiguió generar en la población joven un fuerte descontento. Si el clima político era de “apertura”, en lo cultural no parecía tan visible, a pesar de una gran “movida juvenil” en torno al rock nacional. Si el movimiento político era un hecho, este trajo consigo una reconfiguración que procuró reafirmar las estructuras políticas tradicionales, las estructuras partidarias y alineamientos políticos de la pre-dictadura. Todo aquello que en apariencia transgrediera tal lógica era simplemente ignorado o excluido, y, en el mejor de los casos, reformulado dentro de una fuerza política en crecimiento, hasta el momento también crítica a esta lógica política e institucional: el Frente Amplio, la “izquierda política”.

Sustentado en el mito de una historia política estable, el sistema político uruguayo parte de un principio de regulación y orden normativo en el que sólo atribuye derechos representativos y de expresión a aquellos representantes elegidos a través de elecciones políticas nacionales. Así, todos los intereses sociales surgidos suelen definirse como grupos de presión clientelizables y deslegitimados, a no ser que se sometan a la “mediación” del partido político o del Estado.

Puede comprenderse que la denominada “apertura democrática” da sus pasos de finalización en el año de 1989, año del plebiscito para derogar la “Ley de Caducidad de la pretensión

punitiva del Estado” (ley que permite amnistiar a militares y policías vinculados con los actos de violación a los derechos humanos durante el período del gobierno militar, 1973-1985). Este acontecimiento sentenció y reafirmó la histórica bipolaridad política del país. Como todos ya sabemos, el “voto amarillo” triunfa sobre el “voto verde”, y el debate concerniente a las características generales de la “re-emergente democracia” llega a su fin. La efervescencia social generada alrededor de la movilización en pro del “voto verde” fue paulatinamente dando lugar a una calma con sabor a desencanto. Fuerzas sindicales cansadas y debilitadas, a pesar del crecimiento del nivel de conflictividad social, una izquierda política igualmente anestesiada y muchos jóvenes militantes entran en un clima curiosamente proveedor de frustraciones, nuevos deseos personales y la inevitable deserción cultural de los códigos constitutivos de un “ser nacional”. Entrados los años 90, una creciente indiferencia política y la crisis de la militancia tradicional de izquierda son síntomas claros del nuevo ambiente político. Un respiro para los desmotivados ex militantes vino con el triunfo electoral en Montevideo del Frente Amplio. Crisis económica, gobiernos débiles e incapaces, así continuó la historia política-institucional hasta la actualidad.

Es cierto que la izquierda política uruguaya, simbolizada en el Frente

Amplio, se ha transformado a fines de los años 90 en la fuerza política mayoritaria del país. Nuevos sectores políticos y sociales fueron sumando sus fuerzas, hasta la conformación de una ecléctica propuesta electoral que en la actualidad se resume en el llamado Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría. No hace falta reflexionar demasiado para entender que esta es una izquierda política diferente a la que se estaba acostumbrado a observar años atrás, abandonando viejos clichés y comportamientos políticos de confrontación directa hacia las (¿otro- ra?) “agencias del capitalismo mundial”, como el FMI y el BID. Más pragmática y experiente, plantea políticas de inserción económica del pequeño país, de la mejor manera posible, en el contexto regional y global actual. Siendo la fuerza política mayoritaria, más claramente situada en las situaciones críticas del país, parece convertirse en la alternativa prácticamente “única” para la mayoría de los uruguayos, bastante angustiados y cansados ante todo lo que esté teñido con lo estrictamente político.

Lo que se pretende resaltar es que la propia indiferencia política y el coadyuvante deseo por reducir la rigidez de la burocracia y la institucionalidad históricamente consolidada son factores que, entre otros, permiten ese crecimiento rápido de la izquierda política uruguaya, la identificación de la gente por interpretarse como la

“alternativa menos mala” frente a los otros sectores. Nada de “conciencia política” y militancia en crecimiento, o de jóvenes politizados. Quienes desde la propia izquierda creen en esto, todavía ven con ojos viejos contextos nuevos. Sí puede haber una percepción de la gente hacia el carácter más legítimo (con relación a sus propuestas y conducta) de los dirigentes de esta fuerza política, pero esto no quiere decir que ha sido la capacidad de convocatoria política y social lo que ha determinado el crecimiento potencial del electorado uruguayo de izquierda. La izquierda política llegó a convocar y a movilizar más adeptos en otros contextos históricos que en los actuales momentos de crisis de participación política. Por eso, ella debe, también, ser comprendida formando parte de ese clima social de “desencanto”, que hoy representa el desafío más prometedor para la perversa lógica política-institucional del país. En tal sentido, considero que la actual izquierda política de Uruguay es un claro “espacio de transición” en el sentido de agendar una cultura política diferente, en el cual los mecanismos de expresión política y cultural dejan de ser instrumentados y canalizados desde los aparatos institucionales anquilosados y las prácticas políticas tradicionales. El “nuevo” contexto político-social encontrará nuevos desafíos, siendo el principal la capacidad de poder lidiar con nuevas construcciones discursivas y “mundos de vida”, en

ocasiones, profundamente autónomos de los designios institucionales y políticos legitimados.

Perspectivas de análisis y debate teórico sobre los movimientos sociales

Si la tendencia parece ser repensar los movimientos sociales, considerando la diversidad de ambientes históricos de América Latina, no únicamente debe “dejarse hablar” a los actores involucrados, o delinear pautas organizacionales, reducto potencial donde se pretenden descubrir prácticas sociales democráticas. Se torna fundamental realizar una especie de “fenomenología de los movimientos sociales”, es decir, “comprenderlos” relativizando presuposiciones teóricas y analíticas. Desde este punto de vista, se trata de un recurso de de-construcción, ya que permite deshacer las sedimentaciones especulativas. Esta “fenomenología” invita a prestar atención hacia las actitudes e intencionalidades axiológicas prácticas y estéticas de los movimientos sociales actuales, para de esta forma comprender de qué manera se han constituido, qué procesos de subjetivación han experimentado, a partir de qué construcción social de la realidad se presentan y qué proyectos forman parte de sus realidades prácticas.

Tal vez, en la preocupación mencionada, los vínculos con una perspectiva de estudio sobre el “collective behavior” pueden ser parcialmente percibidos. De la misma forma, con las líneas de pensamiento del “interaccionismo simbólico”, enfoque que cuenta con un conjunto de elementos básicos para una teoría no determinista de los movimientos sociales. En la tradición que va desde el marxismo clásico a la teoría del sistema mundial la “libertad de los actores” parecía sometida al determinismo de la alienación económica. Así, los movimientos sociales aparecieron como simple reflejo de un sistema de dominación que podía determinar la política y la cultura. El “interaccionismo” vino para enfrentar directamente toda determinación de la acción, apoyándose en la tradición pragmática y empirista. En tal sentido, también parece aportar una dimensión crítica a la propia forma de cómo analizar los movimientos sociales, ya que permite establecer herramientas acordes para observar una panorámica comunicativa de la sociedad global actual. Lo global ya no sólo se presenta como un efecto de la lógica del modo de producción capitalista. Nace, actualmente, de una compleja red en la que procesos económicos, políticos y culturales resultan observables como procesos sociales dinámicos e interactivos, y cuya extensión espacial es variable.

Sin perder de vista las implicaciones políticas, resulta interesante analizar la creación de nuevas reglas, los procesos de regulación, así como los espontáneos mecanismos de innovación en el comportamiento de los movimientos sociales que emergen a luz pública.

Los movimientos sociales son “comunidades de valores” con alta densidad de interacción entre sus integrantes. Reflejan redes socio-espaciales latentes y capaces de precipitarse en situaciones definibles como favorables. Son, asimismo, “modelos de sociabilidad”. Observar la forma de esa sociabilidad, de qué manera sucede, cómo se transforma, a qué sistema simbólico “contesta”, qué proyectos están implícitos con su aparición, qué reglas de convivencia supuestamente alternativas ofrecen, qué discurso le es propio y a partir de qué construcción de la realidad social se manifiesta, puede ser un simple aporte más de análisis, en gran medida una especie de “reedición”, para comprender el sentido y significado de los actuales movimientos sociales.

Nota final sobre el “panóptico académico”: el intelectual que actualmente pretenda analizar los movimientos sociales “debe saber” que su propio discurso se halla inscrito en una racionalidad selectiva que le imposibilita de

cualquier pretensión de “objetividad”. Por esto, en lugar de asumir un papel hegemónico, autorizado por la ciencia y la academia, que le permite delinear la sociedad y la cultura del “otro” (la simple comprensión de un movimiento social, por ejemplo), toma una posición política al interior de los aparatos productores del saber. Lejos de querer representar la voz de los sujetos o movimientos sociales (“el otro”), lucha por una transformación de las políticas académicas de representación.

Abstract

The text seeks to briefly make one kind of mapping on concerns about the theoretical and analytical study of social movements. In that sense, provides some guidelines for analysis and interpretation for a better understanding of the current collective phenomena. Moreover, the text is devoted to articulate the framework of analysis on social movements with political and social course lived by the political left in Uruguay, mainly from the political process re-democratization of the 80's. We discuss, finally, the cultural-political space that occupies today to be in the national government, suggested some views on its historical significance in our present.

Key words: Theory of social movements. Political left. Uruguay.